

CUADERNILLO DE POESIA COLOMBIANA

Ediciones de
UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

No. 87



Gregorio Castañeda Aragón

GREGORIO CASTAÑEDA ARAGON

Por Jorge Montoya Toro

Ha muerto un cantor del mar. Se llamaba Gregorio Castañeda Aragón. Era un poeta colombiano, de la Costa Atlántica, enamorado del mar y de los puertos. Su poesía recogía todos los conturbados movimientos marinos y los trasladaba plásticamente a las estrofas, onduladas, musicales y misteriosas como la misma entraña que cantaba. Cierta vaga melancolía se mece al compás de esa música marina y difunde notas de tonalidad romántica entre la turbulenta marejada de sus versos.

Sin el rigorismo métrico del “mar medido con el compás del verso clásico”, ni las extrañas ondulaciones rítmicas del verso greiffiano que dice de “la cántiga ondulosa de su trémula curva”, los poemas marinos de Gregorio Castañeda Aragón están tatuados de emoción trashumante, de ardida fiebre viajera y de insatisfecha curiosidad de puertos y ciudades lejanos. De ellos recogía esencias misteriosas, exóticas fragancias que sahumaban sus versos con volutas odorantes y sugestivas.

Tras su humana peregrinación y con el corazón en alto sobre el mástil de la nostalgia, Castañeda Aragón ha anclado definitivamente en tierra. Sus cenizas se mezclan con el barro terrestre y no —como lo hubiera suspirado— con el alma tumultuosa de las aguas marinas. Marinero en tierra, los puertos no le sonreirán más ni ofrecerán ante sus ojos soñadores el desfile de cálidas siluetas femeninas. Los licores dormirán entre las copas inescanciadas. Porque el poeta ha muerto, de mal de tierra. No de dolencia de mar. Y su misma estrofa dolida será su propio epitafio:

Mas en la orilla, al fin, aguarda
la tierra para descansar.
La tierra dura, cruel y negra,
término de toda ansiedad.

PAZ DE LA TARDE

Puerto al ocaso... Rivera
blanca... ¡Cuán largo soñar
en el dolor de una espera
cuando nada hay que esperar!

Quizá qué ojos de quimera
a esta hora triste del mar
tengan más que yo... siquiera
un olvido que llorar...

Alma del destino grave.
Se va ya la última nave
con el rubio atardecer...

Qué dulce cosa sería
irse también algún día,
pero para no volver...



CANCION PARA EL NIÑO QUE NACIO EN EL MAR

No cierren la puerta,
que abierta ha de estar.
Dejen que éntre el aire,
déjenlo pasar.
Dejen que éntre el agua,
déjenla llegar.

Te daré una estrella,
la estrella polar.
Y nieve de espuma
con sol y con sal.
Con sal de las olas,
con sol de la mar.

Cuando iba el velero
mar adentro allá...
entre cielo y agua
te parió mamá.
Se puso en las cuerdas
el viento a cantar.
Tu padre en las redes
te meció al pescar.

Grumete, primero,
luego capitán,
tendrás un balandro
para ir por la mar.

Quiero que te duermas,
que hay que madrugar
a ver las gaviotas
volando volar.

A darles su almuerzo
de migas de pan.
¡Rosa de los vientos,
oro de fanal,
buen marinerito,
lobezno de mar,
que comes arenques
y atún sin ahumar!

Cuando grande seas,
que un día será,
te irás —¡quién lo duda!—
solito a viajar,
y mamá la vieja
se pondrá a cantar,
a cantar canciones
que ya tú no oirás,
con nieve de espuma,
con sol y con sal,
con sal de las olas,
con sol de la mar...



SOMBRA DE VIAJERO

Siempre parte una nave de este puerto.
Luces bajo la tarde. Y luégo estela...
Después, sueño del mar, la misma ola.

Extranjero tan pálido que has visto
hincharse cada tarde alguna vela:
ninguna arrastrará tu inútil sombra.

Talvez con el crepúsculo tranquilo,
sobre la paz de los canales muertos,
la nave que suspiras vaya sola.

PLAZA DE LA VILLA PORTEÑA

Recuerdo como en sueños la plaza tan tranquila,
la plaza de la villa, callada, provincial,
donde a la prima noche desgranaba la esquila
ya casi entre dos luces, su ruego emocional.

Jugábamos los chicos junto a la vieja pila,
y si alguno contaba de muertos el final,
nos mirábamos todos con medrosa pupila
a la luz del anémico farol municipal.

De pronto aullada lúgubre la herrumbrosa ventana
del cabildo; en la torre doblaba la campana,
y un piano de manubrio tocaba el mismo vals.

Mientras, como alma en pena del crepúsculo muerto,
silbaba allá en los muelles desolados del puerto
la sirena de un barco que se hacía a la mar.



LA VOZ DEL MAR AL POETA

Tu que, seguro de la mar, un día
adiós dijiste a la nativa tierra,
y con la tierra y con el mar en guerra
fuiste detrás de lo que siempre huía,

¿Qué hallaste, dime, en la Noruega fría
o en la Arabia solar? ¿Dónde no yerra
el espíritu en ansias y no cierra
las pupilas la sombra más sombría?

Si es que rendida ya tu nave encalla,
clausos los ojos, calla
y a la nueva andanza apresta el pecho fuerte:

Porque viejos en ti mar y camino,
ya no queda a tu afán de peregrino
mas que una senda de ilusión: la muerte.



ES UNA PRETERITA ESCENA

El agua de los pozos, ambiguamente verde,
alarga la hora triste del crepúsculo. Lejos,
tras las ondas de polvo del camino se pierde
la aldea donde lloran los campanarios viejos.

El abuelo sonríe como un bendito al lado
del sendero oloroso, cabe el fresco ciruelo,
mientras pasan las mozas, *bendito y alabado*
sea el Señor, le salmodian. *Am n*, dice el abuelo.

Tiembla en el cielo lívido con una luz perpleja
la estrella de las tardes. Jovial rapaza deja
la recua que retorna del perezoso exilio.

Y al abuelo que diálogos con el recuerdo entabla
se acerca de escondidas, y luego ríe y le habla
con palabras que suenan a verso de Virgilio.



LA VOZ LEJANA

Otra vez los caminos que a esta hora
se fatigan de polvo y de tristeza;
las tapias grises que la hiedra enflora;
la tardada canción que se oye y cesa...

La carreta de ayer que inútil corre
sobre las piedras, y en la paz aldeana
vaga y crepuscular la vieja torre
donde humilde voltea la campana...

 Cari osos paisajes, tan amados,
y con todo un querer abandonados
a la triste partida de una tarde!

Hoy que torno con pasos doloridos,
se levantan recuerdos extinguidos
para decirme que regreso tarde!



BARRIO DE PESCADORES

Alba lila. Arponeros zarpan rumbo al levante en sus largas barquetas. La ensenada se angosta en la sutil penumbra. Hila el terral. Saltante deja el agua azulencos húmedos en la costa.

A correr los cangrejos o a bañarse en rosario, llegan los chicos. Risas. Su voz de aguda tilde alegre como un toque de misa al vecindario, donde ya se alza el humo oloroso y humilde.

Geométrico el pelícano, con su vuelo a la capa augura un tiempo claro. Sobre este mar de mapa parece escrito: Esmirna, Chipre, Rodas, Argel.

Se siente el fuerte aroma de las marismas muertas, de las retamas ásperas. Asoman a las puertas madrugadores viejos componiendo la red.



LOS NAUFRAGOS

Subiendo a la roca más alta de la playa y ávidos de horizontes, tendieron sobre el mar los ojos fatigados de la montesca valla, donde sangraba el último tajo crepuscular.

Surgían de las simas oscuras sus cabezas como sombras malditas, y el pavor erigía sus manos alargadas de vírgenes posesas, blancas en la muriente llamarada del día.

El mar, el mar!, clamaron con voces que en lo hueco del granito ondularon como un sonoro fleco y vieron, en confines que lo indeciso toca

la nómade blancura de una lejana vela... Luego, cuando la sombra borró la última estela, se tendieron callados sobre la muda roca.



CANCION DE LAS OLAS NAUFRAGAS

Lívidas olas, olas náufragas,
bajo la linterna lunar,
os he visto salir de la noche
como con ojos de ansiedad.

Y os he visto, angustiadas olas,
lejos, en la sombra glacial,
flotando, crispadas, para asiros
de lo que nunca habéis de hallar.

Talvez porque os pareció oscuro
vuestro palacio de cristal,
váis de un abismo en otro abismo,
cabalgando, locas de atar.

Mas en la orilla, al fin, aguarda
la tierra para descansar.
La tierra dura, cruel y negra,
término de toda ansiedad.



VINO ALEGRE

Yo sé que alguna vez, cabe la orilla
de tu Guadalquivir, bajo palmeras
y naranjos, bebiendo manzanilla,
oiré tu voz, campana de las eras.

Sé que en alegre ventanal me esperas,
en cruz ceñida al cuerpo la mantilla,
cada noche de amor y de quimeras
de ésas de tu romántica Sevilla.

He amado en tí los ojos y las bocas
estremecidos bajo los parrales
de vino y de pasión y de locura,

Y he soñado los sueños que tú evocas
rimándote floridos madrigales
al fresco alar de tu melena oscura.



TUS MANOS

Leticia, hermana silenciosa...
tus claras manos has de ver
deshojarse como la rosa
o el lirio, en un atardecer...

¡Manos traslúcidas y graves
tocadas del dón señorial
de aquellas manos que en los claves
ponían sus dedos de malfil!

No busquen más bajo los cielos
flores tus místicos anhelos
si flores quieres ofrendar...

Mejor que lirios y azahares,
entre el incienso y los cantares,
tus manos pón en el altar.

■ ■ ■

TUS OJOS

Tus ojos saben la inventura
de los que van en ronda ciega
como al través de noche oscura
cuyo amanecer nunca llega.

(Tus ojos, ojos que la fiebre
de ultraterrena luz aclara,
cuando el vivir frágil se quiebre
serán dos cirios sobre el ara...).

De mi esperanza en el vestigio
realicen ellos el prodigio
de San Francisco en los abrojos:

Haz que en mis yermos arenales
florezcan todos los zarzales...
La primavera está en tus ojos.

■ ■ ■

TU BOCA

Leticia, hermana en esperanza...
tu boca es rosa del rosal
en que cien años su romanza
cantó el ruiseñor celestial;

Rosa de amor en la fresca
callada y honda de un jardín
donde en silencio el agua pura
reza su rosario sin fin...

Cante un cántico de esperanza
tu voz que toda gloria alcanza
tras el doliente suspirar...

Que ya a la luz de un nuevo día
llega la blanca epifanía:
estrella, rosa, azahar...



INVITACION A LA ISLA

Irma, tiéndete a soñar
sobre la menuda arena.
Nuestra carne se serena
al viento libre del mar.

Ya han empezado a secar
las barcas de la carena
y la marisma se llena
de la áurea gloria solar.

El fresco soplo del ostro
nos guiará. Mira mi rostro
barbudo de dios marino.

En mi gabarra ligera
te llevaré a la ribera
donde es más sabroso el vino.



TORNA EL SOL

Tiene luz de plata cándida la nube
que estremece el viento sobre las campañas;
ya el azul florece, y hasta el cielo sube
como un son de fiesta desde las montañas.

Líricos maizales doran los renuevos;
las carretas tornan a llenar las eras
y cantares se oyen y relinchos nuevos
en la paz gloriosa de las carreteras.

¡Cómo el sol fecunda la boca ardorosa
que a la buena sombra del verdor naciente
ríe con la risa fresca y bulliciosa
con que ríe en las piedras el claro torrente!

Són de la campana! Senda de la aldea!
Ladrar de los mansos perros campesinos!
Canción de los plátanos que el viento voltea!
Sol de los sembrados! Sol de los caminos!



EN EL FUERTE DE SAN JUAN

Muros que se deshacen bajo el tenaz mordisco
del tiempo, y que nos cuentan las leyendas caducas
del siglo en que pasaron bajo el frontal morisco
armados caballeros de empolvadas pelucas!

¡Muros que el choque oyeron de los forjados sables
y el reventar fragoso de bombas y morteros
cuando, en días de empresas locas y formidables,
pasmaron el coraje de los aventureros!

Hoy, sombras de un pasado que fue heróico y romántico,
se abisman en las aguas azules del Atlántico
que alzarse al sol les vieron en la anchurosa orilla.

Por tierra se rindieron aquellos torreones
donde cantó a los vientos la voz de los cañones
el triunfo de las reales banderas de Castilla.



LA CANCION DEL MARINERO

Con la primera luz surgió la clara
canción de un marinero. Un fresco canto
que venía de lejos, de los montes
cubiertos de verdor.

Y soplaba tan recia la ancha ráfaga,
que inquietando la voz áspera y ruda
la hacían tornar a los nativos montes
como un pájaro loco.

Así tu alma salvaje, oh marinero
que fuiste labrador, torna a la tierra
húmeda y negra donde echaste el grano.

Y los ramajes fértiles, regados
con tu sangre, ahora sienten la frescura
de tu canto en la brisa mañanera.



MAÑANA EN LA PLAYA

El día del domingo lo paso junto al mar.
Traigo un libro a la playa.
Y sorprendo en la ola y en la ráfaga
el encanto del tiempo que no quiere pasar.

El día del domingo! Campanas! Las campanas
felices! Y el pito de un vapor.
Y el humo alegre y extranjero
que abre sus banderas al sol.

Esta playa refugia mi triste afán de playas
desconocidas. Leo, distante, frente al mar.
Y oigo en lenguas extrañas la perdida palabra
y la nota inconclusa de un cantar.

